

Fernando de Rojas



LA
CELESTINA

Tragicomedia de Calisto y Melibea



La Celestina o, sencillamente, Celestina, es el nombre con el que se ha popularizado la Tragicomedia de Calisto y Melibea, atribuida a Fernando de Rojas. Su composición se remonta a los últimos años del siglo XV, durante el reinado de los Reyes Católicos, si bien su extraordinario éxito editorial comienza en el siglo XVI y continúa, con altibajos, hasta su prohibición en 1792. Por su argumento amoroso, su finalidad didáctica, la abundancia de citas de autoridad, la elección de sus personajes, su forma dialogada y su más que probable vinculación a un entorno universitario, se ha considerado a la Celestina un ejemplo *sui generis* de comedia humanística, aunque hay quien prefiere considerarla como un híbrido entre novela y drama. Su influencia en ambos géneros es muy notable, hasta el punto de que es posible hablar del subgénero de la celestinesca, en el que se incluyen tanto obras desarrolladas directamente a partir de su trama, sus personajes o sus temas, como ambientes o personajes celestinescos en comedias y novelas que, en principio, nada tienen que ver con la Celestina.

El autor a un su amigo

Suelen los que de sus tierras ausentes se hallan considerar de qué cosa aquel lugar donde parten mayor inopia o falta padezca, para con la tal servir a los conterráneos, de quien en algún tiempo beneficio recibido tienen y, viendo que legítima obligación a investigar lo semejante me compellía para pagar las muchas mercedes de vuestra libre liberalidad recibidas, asaz veces retraído en mi cámara, acostado sobre mi propia mano, echando mis sentidos por ventores y mi juicio a volar, me venía a la memoria, no sólo la necesidad que nuestra común patria tiene de la presente obra, por la muchedumbre de galanes y enamorados mancebos que posee, pero aun en particular vuestra misma persona, cuya juventud de amor ser presa se me representa haber visto y de él cruelmente lastimada, a causa de le faltar defensivas armas para resistir sus fuegos, las cuales hallé esculpidas en estos papeles; no fabricadas en las grandes herrerías de Milán, mas en los claros ingenios de doctos varones castellanos formadas. Y como mirase su primor, sutil artificio, su fuerte y claro metal, su modo y manera de labor, su estilo elegante, jamás en nuestra castellana lengua visto ni oído, leílo tres o cuatro veces. Y tantas cuantas más lo leía, tanta más necesidad me ponía de releerlo, y tanto más me agradaba, y en su proceso nuevas sentencias sentía. Vi, no sólo ser dulce en su principal historia, o ficción toda junta; pero aun de algunas sus particularidades salían deleitables fontecicas de filosofía, de otros agradables donaires, de otros avisos y consejos contra lisonjeros y malos sirvientes, y falsas mujeres hechiceras. Vi que notenía su firma del

autor, el cual, según algunos dicen, fue Juan de Mena, y según otros, RodrigoCota; pero quien quiere que fuese, es digno de recordable memoria por la sutil invención, por la gran copia de sentencias entretajidas, que so color de donaires tiene. ¡Gran filósofo era! Y pues él con temor de detractores y nocibles lenguas, más aparejadas a reprehender que a saber inventar, quiso celar y encubrir su nombre, no me culpéis, si en el fin bajo que lo pongo, no expresare el mío. Mayormente que, siendo jurista yo, aunque obra discreta, es ajena de mi facultad y quien lo supiese diría que no por recreación de mi principal estudio, del cual yo más me precio, como es la verdad, lo hiciese, antes distraído de los derechos, en esta nueva labor me entremetiese. Pero aunque no acierten, sería pago de mi osadía. Asimismo pensarían que no quince días de unas vacaciones, mientras mis socios en sus tierras, en acabarlo me detuviese, como es lo cierto; pero aun más tiempo y menos acepto. Para disculpa de lo cual todo, no solo a vos, pero a cuantos lo leyeren, ofrezco los siguientes metros. Y porque conozcáis dónde comienzan mis mal acabadas razones, acordé que todo lo del antiguo autor fuese sin división en un acto o escena incluso, hasta el segundo acto, donde dice: «Hermanos míos, etc.». Vale.

El autor

*Excusándose de su yerro en esta obra que escribió, contra
sí arguye y compara*

*encio escuda y suele encubrir
lta de ingenio y torpeza de lenguas;
ón que es contrario, publica sus menguas
ien mucho habla sin mucho sentir.
o hormiga que deja de ir,
ando por tierra, con la provisión:
ose con alas de su perdición:
áronla en alto, no sabe dónde ir.*

rosigue

*re gozando ajeno y extraño,
ña es ya hecha de aves que vuelan
tes más que ella, por cebo la llevan:
is nuevas alas estaba su daño.
n es que aplique a mi pluma este engaño,
despreciando a los que me arguyen
que a mí mismo mis alas destruyen,
losas y flacas, nacidas de hogaño.*

rosigue

*de ésta gozar pensaba volando
de escribir cobrar más honor*

uno y del otro nació disfavor:
 es comida y a mí están cortando
 roches, revistas y tachas. Callando
 tara, y los daños de envidia y murmulos
 to remando, y los puertos seguros
 s quedan todos ya cuanto más ando.

rosigue

en queréis ver mi limpio motivo,
 ál se endereza de aquestos extremos,
 cuál participa, quién rige sus remos,
 lo, Diana o Cupido altivo,
 ad bien el fin de aquesto que escribo,
 el principio leed su argumento:
 flo, veréis que, aunque dulce cuento,
 ntes, que os muestra salir de cativo.

Comparación

o el doliente que píldora amarga
 recela, o no puede tragar,
 eña dentro del dulce manjar;
 ñase el gusto, la salud se alarga:
 esta manera mi pluma se embarga,
 oniendo dichos lascivos, rientes,
 e los oídos de penadas gentes:
 irado escarmientan y arrojan su carga.

uelve a su propósito

ndo cercado de dudas y antojos,
 puse tal fin que el principio desata;
 dé dorar con oro de lata

*más fino tibar que vi con mis ojos
 cima de rosas sembrar mil abrojos.
 ico, pues, suplan discretos mi falta.
 an groseros y en obra tan alta
 an y callen o no den enojos.*

*prosigue dando razones por que se movió a acabar esta
 obra*

*en Salamanca la obra presente:
 ime acabarla por estas razones:
 primera, que estoy en vacaciones,
 tra imitar la persona prudente;
 la final, ver la más gente
 ta y mezclada en vicios de amor.
 s amantes les pondrán temor
 r de alcahueta, ni falso sirviente.
 que esta obra en el proceder
 tanto breve, cuanto muy sutil,
 e portaba sentencias dos mil
 orro de gracias, labor de placer.
 hizo Dédalo cierto a mi ver
 na más prima entretalladura,
 diera en esta su propia escritura
 o Mena con su gran saber.
 ás yo no vi en lengua romana,
 oués que me acuerdo, ni nadie la vio,
 a de estilo tan alto y subido
 usca, ni griega, ni en castellana.
 rae sentencia, de donde no mana
 le a su autor y eterna memoria,
 ial Jesucristo reciba en su gloria
 su pasión santa, que a todos nos sana.*

*monesta a los que aman que sirvan a Dios y dejen las
malas cogitaciones y vicios de amor*

*los que amáis, tomad este ejemplo,
fino arnés con que os defendáis:
ad ya las riendas, porque no os perdáis;
l siempre a Dios visitando su templo.
ad sobre aviso; no seáis de ejemplo
muertos y vivos y propios culpados:
rdo en el mundo yacéis sepultados.
gran dolor siento cuando esto contemplo.*

in

*damas, matronas, mancebos, casados,
ad bien la vida que aquéstos hicieron,
ad por espejo su fin cual hubieron:
ro que amores dad vuestros cuidados,
viad ya los ojos, los ciegos errados,
des sembrando con casto vivir,
do correr debéis de huir,
s lance Cupido sus tiros dorados.*

Prólogo

Todas las cosas ser criadas a manera de contienda o batalla dice aquel gran sabio Heráclito en este modo: «*Omnia secundum litem fiunt.*» Sentencia a mi ver digna de perpetua y recordable memoria. Y como sea cierto que toda palabra del hombre esciente está preñada, de esta se puede decir que de muy hinchada y llena quiere reventar, echando de sí tan crecidos ramos y hojas que del menor pimpollo se sacaría harto fruto entre personas discretas. Pero como mi pobre saber no baste a más de roer sus secas cortezas de los dichos de aquellos que, por claror de sus ingenios, merecieron ser aprobados, con lo poco que de allí alcanzare, satisfaré al propósito de este per breve prólogo. Hallé esta sentencia corroborada por aquel gran orador y poeta laureado, Francisco Petrarca, diciendo: «*Sine lite atque offensione nihil genuit natura parens*»: Sin lid y ofensión ninguna cosa engendró la natura, madre de todo. Dice más adelante: «*Sic est enim, et sic propemodum universa testantur: rapido stellæ obviant firmamento; contraria inuicem elementa conflagunt; terræ tremunt; maria fluctuant; aer cuatitur; crepant flammæ; bellum immortale venti gerunt; tempora temporibus concertant; secum singula nobiscum omnia*». Que quiere decir: «En verdad así es, y así todas las cosas de esto dan testimonio: las estrellas se encuentran en el arrebatado firmamento del cielo; los adversos elementos unos con otros rompen pelea, tremen las tierras, ondean los mares, el aire se sacude, suenan las llamas, los vientos entre sí traen perpetua guerra, los tiempos con tiempos contienden y litigan entre sí, uno a uno y todos contra nosotros.» El ve-

rano vemos que nos aqueja con calor demasiado, el invierno con frío y aspereza: así que esto nos parece revolución temporal, esto con que nos sostenemos, esto con que nos criamos y vivimos, si comienza a ensoberbecerse más de lo acostumbrado, no es sino guerra.

Y cuanto se ha de temer, manifiéstase por los grandes terremotos y torbellinos, por los naufragios y incendios, así celestiales como terrenales; por la fuerza de los aguaduchos, por aquel bramar de truenos, por aquel temeroso ímpetu de rayos, aquellos cursos y recursos de las nubes, de cuyos abiertos movimientos, para saber la secreta causa de que proceden, no es menor la disensión de los filósofos en las escuelas, que de las ondas en la mar.

Pues entre los animales ningún género carece de guerra: peces, fieras, aves, serpientes, de lo cual todo, una especie a otra persigue. El león al lobo, el lobo la cabra, el perro la liebre y, si no pareciese conseja de tras el fuego, yo llegaría más al cabo esta cuenta. El elefante, animal tan poderoso y fuerte, se espanta y huye de la vista de un sucio ratón, y aun de sólo oírle toma gran

temor. Entre las serpientes el basilisco crió la natura tan ponzoñoso y conquistador de todas las otras que con su silbo las asombra y con su venida las ahuyenta y esparce, con su vista las mata.

La víbora, reptilia o serpiente enconada, al tiempo del concebir, por la boca de la hembra metida la cabeza del macho y ella con el gran dulzor apriétale tanto que le mata y, quedando preñada, el primer hijo rompe las ijares de la madre, por do todos salen y ella muerta queda y él casi como vengador de la paterna muerte. ¿Qué mayor lid, qué mayor conquista ni guerra que engendrar en su cuerpo quien coma sus entrañas?

Pues no menos disensiones naturales creemos haber en los pescados; pues es cosa cierta gozar la mar de tantas formas de peces cuantas la tierra y el aire cría de aves y animales y muchas más. Aristóteles y Plinio cuentan maravillas

de un pequeño pez llamado Echeneis, cuanto sea apta su propiedad para diversos géneros de lides. Especialmente tiene una, que si llega a una nao o carraca, la detiene, que no se puede menear, aunque vaya muy recio por las aguas; de lo cual hace Lucano mención, diciendo:

*Non puppim retinens, Euro tendente rudentes,
In mediis Echeneis aquis.*

«No falta allí el pez dicho Echeneis, que detiene las fustas, cuando el viento Euro extiende las cuerdas en medio de la mar». ¡Oh natural contienda, digna de admiración; poder más un pequeño pez que un gran navío con toda su fuerza de los vientos!

Pues si discurrimos por las aves y por sus menudas enemistades, bien afirmaremos ser todas las cosas criadas a manera de contienda. Las más viven de rapiña, como halcones y águilas y gavilanes. Hasta los groseros milanos insultan dentro en nuestras moradas los domésticos pollos y debajo las alas de sus madres los vienen a cazar. De una ave llamada rocho, que nace en el índico mar de Oriente, se dice ser de grandeza jamás oída y que lleva sobre su pico hasta las nubes, no sólo un hombre o diez, pero un navío cargado de todas sus jarcias y gente. Y como los míseros navegantes estén así suspensos en el aire, con el meo de su vuelo caen y reciben crueles muertes.

¿Pues qué diremos entre los hombres a quien todo lo sobredicho es sujeto? ¿Quién explanará sus guerras, sus enemistades, sus envidias, sus aceleramientos y movimientos y

descontentamientos? ¿Aquel mudar de trajes, aquel derribar y renovar edificios, y otros muchos afectos diversos y variedades que de esta nuestra flaca humanidad nos provienen?

Y pues es antigua querella y visitada de largos tiempos, no quiero maravillarme si esta presente obra ha sido instrumento de lid o contienda a sus lectores para ponerlos en diferencias, dando cada uno sentencia sobre ella a sabor

de su voluntad. Unos decían que era prolija, otros breve, otros agradable, otros oscura; de manera que cortarla a medida de tantas y tan diferentes condiciones a solo Dios pertenece. Mayormente pues ella con todas las otras cosas que al mundo son, van debajo de la bandera de esta notable sentencia: «que aun la misma vida de los hombres, si bien lo miramos, desde la primera edad hasta que blanquean las canas, es batalla.» Los niños con los juegos, los mozos con las letras, los mancebos con los deleites, los viejos con mil especies de enfermedades pelean y estos papeles con todas las edades. La primera los borra y rompe, la segunda no los sabe bien leer, la tercera, que es la alegre juventud y mancebía, discorda. Unos les roen los huesos que no tienen virtud, que es la historia toda junta, no aprovechándose de las particularidades, haciéndola cuenta de camino; otros pican los donaires y refranes comunes, loándolos con toda atención, dejando pasar por alto lo que hace más al caso y utilidad suya. Pero aquellos para cuyo verdadero placer es todo, desechan el cuento de la historia para contar, coligen la suma para su provecho, ríen lo donoso, las sentencias y dichos de filósofos guardan en su memoria para trasponer en lugares convenientes a sus autos y propósitos.

Así que cuando diez personas se juntaren a oír esta comedia, en quien quepa esta diferencia de condiciones, como suele acaecer, ¿quién negará que haya contienda en cosa que de tantas maneras se entienda? Que aun los impresores han dado sus punturas, poniendo rúbricas o sumarios al principio de cada acto, narrando en breve lo que dentro contenía: una cosa bien excusada, según lo que los antiguos escritores usaron. Otros han litigado sobre el nombre, diciendo que no se había de llamar comedia, pues acababa en tristeza, sino que se llamase tragedia. El primer autor quiso darle denominación del principio, que fue placer, y llamola comedia. Yo viendo estas discordias, entre estos extremos partí ahora por medio la porfía, y llamela tragico-

media. Así que viendo estas contiendas, estos dísonos y varios juicios, miré a donde la mayor parte acostaba, y hallé que querían que se alargase en el proceso de su deleite de estos amantes, sobre lo cual fui muy importunado; de manera que acordé, aunque contra mi voluntad, meter segunda vez la pluma en tan extraña labor y tan ajena de mi facultad, hurtando algunos ratos a mi principal estudio, con otras horas destinadas para recreación, puesto que no han de faltar nuevos detractores a la nueva adición.

SÍGUESE

La comedia o tragicomedia de Calisto y Melibea, compuesta en reprehensión de los locos enamorados que, vencidos en su desordenado apetito, a sus amigas llaman y dicen ser su dios.

Así mismo hecha en aviso de los engaños de las alcahuetas y malos y lisonjeros sirvientes.

ARGUMENTO DE TODA LA OBRA

Calisto fue de noble linaje, de claro ingenio, de gentil disposición, de linda crianza, dotado de muchas gracias, de estado mediano. Fue preso en el amor de Melibea, mujer moza, muy generosa, de alta y serenísima sangre, sublimada en próspero estado, una sola heredera a su padre Pleberio y de su madre Alisa muy amada. Por solicitud del pungido Calisto, vencido el casto propósito de ella (interviniendo Celestina, mala y astuta mujer, con dos sirvientes del vencido Calisto, engañados y por ésta tornados desleales, presa su fidelidad con anzuelo de codicia y de deleite), vinieron los amantes y los que les ministraron, en amargo y desastrado fin.

Para comienzo de lo cual dispuso la adversa fortuna lugar oportuno, donde a la presencia de Calisto se presentó la deseada Melibea.

Introdúcense en esta tragicomedia las personas siguientes

CALISTO *Mancebo enamorado.*

MELIBEA *Hija de Pleberio.*

PLEBERIO *Padre de Melibea.*

ALISA *Madre de Melibea.*

CELESTINA *Alcahueta.*

PÁRMENO *Criado de Calisto.*

SEMPRONIO *Criado de Calisto.*

TRISTÁN *Criado de Calisto.*

SOSIA *Criado de Calisto.*

CRITO *Putañero.*

LUCRECIA *Criada de Pleberio.*

ELICIA *Ramera*.
AREÚSA *Ramera*.
CENTURIO Rufián.